

ANALES
DE LA
UNIVERSIDAD DE VALENCIA
AÑO II * 1921-1922
CUADERNO 14

EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Facultad de Filosofía y Letras

EXTRACTOS

DE LOS CURSOS BREVES Y CONFERENCIAS
DE 1921

I

Fuentes del error y medios de evitarlo *

POR EL DOCTOR DON PEDRO MARIA LOPEZ Y MARTINEZ
DECANO Y CATEDRÁTICO DE FILOSOFIA Y LETRAS

I

OBSERVANDO la vida de nuestro conocer, nos encontramos con que la aspiración constante, la necesidad suprema de nuestra facultad intelectual, es conocer con verdad lo que conoce, pues notamos que sólo descansa cuando está segura de que ha conocido a los fenómenos, a las cosas y a las relaciones tal y como son, cesando en tal momento sus inquietudes y vacilaciones, como aquel que ha llegado al término de su camino, que descansa; por esa razón, luego que la inteligencia ha conseguido conocer con verdad, aparece en nuestro espíritu un dulce sentimiento de sosiego y tranquilidad, que le permite contemplar lo conocido, gozando inefable placer puro y desinteresado.

*Conocer la verdad
es el objetivo su-
premo de la inte-
ligencia*

* Fueron dadas las conferencias sobre dicho tema en el Aula núm. 7 de la Universidad durante los meses de Febrero y Marzo de 1921.

El Dr. López y Martínez dió también un Curso breve acerca de *La Arquitectura románica y gótica en España*, del cual daremos la oportuna información en sucesivos Cuadernos de estos ANALES.



¿Qué es
la verdad?

Ahora bien, como la verdad, a que aspira la inteligencia humana siempre que conoce, no es otra cosa que «la conformidad entre lo conocido por ella y lo que son realmente las cosas conocidas» y el hombre no tiene siempre presente en sus relaciones cognoscitivas la realidad de lo conocido tal y como es, de ahí la razón de que en muchas ocasiones, al conocer la inteligencia, conozca las cosas, no como ellas son en su realidad, sino como le ha parecido que son, no alcanzando en tal caso la *verdad*, sino más bien el *error*, que consiste en *toda aprehensión intelectual de las cosas no tal cual ellas son, sino como le ha parecido a ella que son*. Mas el error coloca a la inteligencia no sólo en el camino opuesto a la verdad, alejándola, por consiguiente, de su fin propio y natural y del goce de su contemplación, sino que también la imposibilita para alcanzar la ciencia, que es el fin inmediato del conocimiento verdadero, y hace imposible el progreso natural humano y, por tanto, anula el desenvolvimiento propio de la vida espiritual humana, que es el de conocer las cosas con las cuales se pone en relación.

¿Qué es el error?

Justificación
del tema

Interesa, pues, al hombre y, sobre todo, al filósofo y al científico, determinar bien cuáles sean las fuentes del error y hasta qué punto puede el hombre contrarrestar sus funestas influencias sobre nuestra vida cognoscitiva, pues si un estudio detenido nos pusiera de manifiesto el camino que conduce al error, una voluntad firme y refleja puede evitar que marchemos por él y que nos apartemos de la ciencia.

He aquí la razón que hemos tenido para pensar lo útil que sería que diéramos estas conferencias, no solamente para nuestros alumnos, sino también para todos aquellos hombres de buena voluntad que desean caminar por el sendero de la verdad cuando conocen; puesto que para llegar a un punto dado no basta con que sepamos las señas de la vía que debemos tomar, sino que es mucho mejor todavía, conocer además los senderos que podrían extraviarnos para no aventurarnos en ellos.

Señores: *Las fuentes del error y sus remedios*, son, pues, el tema, que por lo que llevamos dicho, va a ocupar nuestra atención durante esta serie de conferencias, en las que espero discurriréis conmigo para que todos saquemos la utilidad que con ellas me propongo; y al efecto, el método más elemental nos aconseja que antes de pasar adelante empecemos por averiguar dónde y cómo se produce el error, porque allí encontraremos las causas mismas de su producción y, claro, luego que hayamos determinado éstas y señalado su naturaleza, estaremos ya en condiciones de evitar el error con el sólo hecho de impedir el ejercicio e influencia de las tales causas sobre nuestra inteligencia y voluntad.

Orígenes del error

Pero... ¿dónde y cómo se produce el error? Hemos dicho que el error no es otra cosa que «toda aprehensión intelectual de las cosas no tal cual ellas son, sino como le ha parecido a la facultad cognoscente que son». Luego, a poco que meditemos nos encontraremos con que podemos ver que el error no es más que una manifestación mental inexacta formada

FUENTES DEL ERROR Y MEDIOS DE EVITARLO

por la inteligencia al ponerse en relación de conocimiento con las cosas que pretende conocer y, por tanto, que el error sólo puede estar y producirse en la operación *juicio*, nunca en las cosas conocidas ni propiamente en las simples percepciones de la inteligencia, en las cuales no hace la inteligencia más que *ver* lo que le es presente de lo cognoscible del objeto, pero sin afirmar ni negar cosa alguna de lo presente en la relación de conocimiento; por esa razón, cuando vemos que lo aprehendido por la inteligencia (o manifestación formada por ella) no conforma con lo que es propiamente la cosa conocida, es cuando decimos que hemos conocido con error, es decir, cuando formulamos un juicio.

El conocimiento es obra tanto del sujeto cognoscente como del objeto cognoscible hecho presente en la relación de conocimiento, si bien con esta diferencia: que mientras el objeto no hace más que estar presente en la relación luminica del conocimiento ostentando *pasivamente* lo que él es, es decir, dejándose ver por la inteligencia, el sujeto está presente en la relación del conocimiento *activamente*, discerniendo, uniendo lo unificable y separando lo separable, y *formándose* la manifestación de lo que conoce de la cognoscibilidad del objeto que está conociendo; pues bien, en esa labor que con su actividad pone el sujeto en la obra del conocimiento es donde, si bien nos fijamos, cabe que se equivoque, que cometa el error; porque puede suceder que la manifestación que forma del objeto cognoscible no conforme con el objeto y, por consiguiente, que el conocimiento obtenido sea una equivocación, un error; por tanto, hénos aquí ya en el manantial mismo donde se produce el error.

Error posible en la relación de sujeto a objeto

¿Por qué la inteligencia al aprehender la cognoscibilidad del objeto y formarse la manifestación mental del objeto cognoscible, que le es presente en la relación de conocimiento, hace presente al *yo* humano algo que no es el objeto conocido, y conoce con error? En los conocimientos humanos llamados de evidencia inmediata, jamás incurrimos en error; el objeto lleva consigo siempre el motivo de la evidencia con que lo conocemos y es imposible no verlo, o dudar; pero en los conocimientos mediatos existe tal complejidad que la inteligencia humana, para poder descubrir las múltiples relaciones y aspectos que encierran, se ve obligada a descomponerlos en sus numerosos elementos y examinarlos uno por uno, comparándolos después entre sí y luego con otros intermediarios ya conocidos con evidencia de que son verdaderos; con lo cual se ve más clara y exacta la relación que antes, o no descubría, o veía confusa, y todo, para en definitiva poder conocer a los objetos del conocimiento tal y como ellos son, esto es, con verdad y certeza, sin que siempre lo consiga precisamente por esa complejidad de los enlaces entre nuestros juicios.

Causas que hacen posible el error

De este razonamiento desprendemos como consecuencia inmediata: *Consecuencias deducidas*
1.º, que sólo en los conocimientos mediatos, que ciertamente son los que constituyen nuestra mayor riqueza cognoscitiva, cabe el error; y 2.º, que

la verdad y el error de los conocimientos humanos depende, tanto de la complejidad del objeto cognoscible, como de la mayor o menor exactitud y reflexión con que la inteligencia descubra y establezca las conexiones entre las múltiples relaciones de los elementos y aspectos del objeto cognoscible y entre éste y los objetos que conocemos con evidencia inmediata. Luego podemos concluir: Que las fuentes del error se pueden clasificar primeramente en dos grandes grupos: *el de las objetivas y el de las subjetivas.*

Fuentes objetivas
del error

El error, considerado desde el punto de vista del objeto, o puede nacer de que éste no esté presente en toda su extensión a la inteligencia que le está conociendo cuando se establece la relación de conocimiento, o de que estando presente en toda su extensión tenga, sin embargo, tal complejidad, que el sujeto necesite más de una percepción para verlo en su riqueza comprensiva; de aquí que las fuentes objetivas del error deban clasificarse: 1.º, en *fuentes de error causadas por la extensión del objeto*; y, 2.º, en *fuentes de error producidas por la comprensión del objeto cognoscible.*

Fuentes subjetivas
del error

Considerado el error desde el punto de vista del sujeto cognoscente tenemos que, como el elemento activo con que contribuimos a la obra del conocimiento es la inteligencia, y ésta es, en todos los sentidos que la consideremos limitada, y, como además, ella es la que forma la manifestación mental en que consiste el conocimiento y según la cual nos asimilamos lo que nos es presente del objeto en la relación cognoscitiva, claro está, que cabe que al poner la inteligencia su discernimiento, haga mal uso de éste y forme una manifestación mental que no convenga con el objeto conocido, y, por consiguiente, que conozca con error, bien a causa de su *limitación*, que no la permite hacerse presente en una sola percepción la realidad cognoscible (ni en toda su extensión ni en toda su complejidad); bien porque estando influida por la *espontaneidad* con que obra la actividad del organismo, de que tiene que auxiliarse, sea distraída del objeto propio de su conocimiento; ya porque influyan sobre ella tanto la *sensibilidad física* como la *afectiva* de un tal modo que no sea ella la que discierna el dato aprehensible del objeto presente en la relación cognoscitiva, sino que más bien se lo impongan las citadas sensibilidades; ya porque intervengan en sus decisiones *las ideas ya adquiridas* y evocadas fácilmente por las nuevas percepciones; ora, finalmente, porque sea imperada por una *voluntad débil y perversa*. Hémos aquí, pues, en la necesidad imprescindible, si hemos de ser lógicos, de distinguir las siguientes fuentes subjetivas de error: 1.ª, *la limitación de nuestra inteligencia*; 2.ª, *el obrar espontáneo de la actividad inherente al organismo humano*, que es el auxiliar necesario de la inteligencia para conocer el mundo sensible; 3.ª, *la influencia constante de la sensibilidad, tanto física como afectiva*; 4.ª, *la influencia que tiene sobre el discernimiento intelectual la asociación y hábito de las ideas ya adquiridas*; 5.ª, *el imperio pernicioso que suele ejercer sobre la inteligencia la voluntad cuando es débil o está pervertida*; y 6.ª y última, *el razonamiento mismo inter-*

FUENTES DEL ERROR Y MEDIOS DE EVITARLO

no de nuestra mente cuando es irreflexivo y precipitado, que es el manantial propiamente dicho del error.

Aquí tenemos, pues, en breve síntesis, todas las fuentes del error que iremos examinando en estas conferencias, viendo hasta qué punto influyen en la obra del conocimiento humano y al mismo tiempo cómo se pueden contrarrestar sus perniciosas influencias cuando la inteligencia conoce reflexivamente cumpliendo las leyes del conocer y pensar.

2

Hemos clasificado las fuentes del error teniendo en cuenta los elementos del conocimiento y la parte que cada uno de ellos toma en la obra del conocimiento y hemos citado en primer lugar las llamadas *objetivas*, en las cuales distinguimos dos grupos: el de las debidas a la *extensión* del objeto cognoscible y el de las debidas a la *comprensión* o complejidad del mismo.

La extensión del objeto cognoscible suele ser causa productora de no pocos errores, no porque éste resida, en modo alguno, en el objeto del conocimiento, no; sino porque siendo el objeto cognoscible la realidad entera, es decir, cuanto es o puede ser, sea finito o infinito, es evidente que a nuestra inteligencia finita no puede hacerse presente en un solo acto, en una sola relación de conocimiento ni aun en todas las que sucesivamente pueda poner en el tiempo de su duración temporal; y, por tanto, por mucho que conozca, jamás agotará el conocimiento de la realidad, aconteciendo, como consecuencia, que la ignorancia que nace de la extensión del objeto cognoscible, es causa de todos aquellos errores en que se incurre cuando por no tener esto en cuenta, pretendemos conocerlo todo, incluso el ser infinito, como si la realidad entera se nos hiciera presente en un sólo acto y de un modo directo y evidente o, por lo menos, en un número más o menos limitado de relaciones sucesivas de conocimiento. Por no tener esto en cuenta es por lo que filósofos y hombres de ciencia incurren en frecuentes errores al hablar en sentido absoluto acerca de Dios, del mundo y de su plan.

La extensión del objeto cognoscible como fuente del error

Los errores que nacen de esta fuente objetiva los podemos evitar si nos limitamos a conocer de la realidad aquello que la finitud de la inteligencia humana permite; y si además lo hacemos de modo que vayamos conociendo parte por parte y siguiendo el procedimiento de ir del conocimiento de los hechos a la ley de producción de los mismos y de ésta al sér, que es la causa de los hechos; y solamente cuando ya estemos seguros de las causas, volveremos al conocimiento de los hechos y los explicaremos por ellas con seguridad de acierto; no olvidando nunca que nuestro conocer se realiza en el tiempo y haciendo tiempo, y no en un solo acto y fuera del tiempo.

La complejidad del objeto cognoscible como fuente del error

La comprensión o cualidades múltiples con que se nos presentan en la relación cognoscitiva los objetos de los conocimientos mediatos es la causa que origina con frecuencia más errores, aun cuando estas cualidades no sean en sí mismas erróneas, ni mucho menos; por la sencilla razón de que el hecho de darse muchas de estas cualidades reunidas en una misma cosa y en distintas cosas a la vez, puede dar lugar a que la inteligencia humana no se fije bien al percibir el objeto y no tenga en cuenta todas y cada una de estas cualidades; y no advierta tampoco sus identidades, igualdades o semejanzas, ni sus diversidades, desigualdades o desemejanzas, y, claro, confunda unas cosas con otras, o no las conozca en todo lo que son, ni como son, sino con error.

Los objetos cognoscibles, tal y como se hacen presentes a la inteligencia humana tienen multitud de fases, muchas de las cuales son o idénticas, o iguales, o semejantes a las que se dan en otros objetos cognoscibles; y en unos pueden ser esenciales o naturales, y en otros solamente accidentales; pues bien, estas identidades, igualdades y analogías, que en su complejidad puede presentar el objeto cognoscible, llevan, no pocas veces, a la inteligencia humana, sobre todo cuando se aplica superficialmente, a aprehender algo que no conviene con la cosa conocida; esto es, a conocer con error. Así, por ejemplo, el hecho vulgar de presentárenos el latón con un color dorado, es causa de que haya quien lo confunda con el oro, y el hecho de que un trozo de cristal ordinario bien tallado en facetas para que dé luces y reflejos parecidos a los que da el diamante verdadero, es la causa de que haya quien lo tome por un diamante. Es decir, que en ambos hechos vemos que las inteligencias, que no se fijan más que en las propiedades accidentales y análogas de color y figura, caen en el error de tomar unas cosas por otras.

¿Cómo evitar los errores nacidos de la complejidad del objeto cognoscible?

¿Cómo evitaremos los errores que nacen de esta fuente objetiva? Analizando lo cognoscible en todos sus elementos reales o mentales, considerándolos después en sí mismos y en sus relaciones, de modo que distinga las cualidades esenciales de las accidentales, las idénticas de las iguales, y éstas de las que no son más que análogas; sintetizando, en último lugar, lo idéntico con lo idéntico, lo igual con lo igual, lo análogo con lo análogo, lo esencial con lo esencial y lo accidental con lo accidental, teniendo muy en cuenta que de lo idéntico se puede afirmar lo idéntico, pero no de lo igual y mucho menos de lo análogo o semejante; por cuya razón la afirmación definitiva del conocimiento no la debemos dar nunca hasta tanto que no conozcamos lo que es propiamente la cosa conocida, limitándonos, en tanto esto no suceda, a seguir examinando los

FUENTES DEL ERROR Y MEDIOS DE EVITARLO

aspectos que presente el objeto cognoscible sin concluir en una afirmación absoluta de si es ésto o aquéllo.

La multiplicidad de aspectos que para la inteligencia humana tiene lo cognoscible, debe advertirla de que siempre puede escapársele en su investigación algún aspecto, el cual puede ser muy bien de los que más propiamente revelen lo que es la cosa conocida, y, por consiguiente, donde está la verdad; por esta razón la inteligencia debe conocer siempre reflexionando e ir dispuesta, cuando conoce científicamente, a escudriñar el objeto cognoscible en todos sus aspectos, no contentándose con lo que a la primera percepción se le aparece, porque no debemos olvidar que el objeto del conocimiento no hará presente toda su cognoscibilidad o complejidad en la relación de conocimiento si no lo sometemos a la inspección de todas nuestras fuentes de conocimiento y, si lo percibido por una, no es confirmado y ratificado por las demás.

4

Entre las fuentes objetivas del error podemos citar, como una nueva causa referente a las dos examinadas, *el lenguaje articulado* con que se nos ofrece formulado el pensamiento producido por nuestros semejantes, ya que la mayor parte de los conocimientos científicos no son investigados por nosotros mismos, sino que son el producto de todas las inteligencias que nos precedieron y de las de nuestros contemporáneos que laboran en la obra del progreso y, claro, como al oír leer ese lenguaje con que se nos comunica el pensamiento ajeno no solemos pararnos en desentrañar el verdadero sentido que encierra, puesto que no siempre la palabra es la expresión clara y fiel del pensamiento del que habla o escribe, de ahí que este lenguaje dé lugar a errores; buena prueba de ello son los llamados *sofismas de dicción* y las mil y una cuestiones que a diario se suscitan entre los hombres por razón del empleo de las palabras no meditadas o no empleadas en su acepción adecuada.

Errores originados por el modo de expresión

El empleo de palabras o términos que tienen más de un significado y en un lugar del razonamiento se emplean en un sentido y en otro con uno muy diferente, da lugar a confusiones y a lamentables errores que el que las oye acaba por aceptar como verdades. Así vemos sucede con el sofisma llamado *equivoco*.

Sofismas de dicción

El sofisma llamado «equivoco»

La vana fraseología causa múltiples errores, sobre todo en ciertas esferas donde la seriedad, la discreción y la argumentación rigurosamente lógica deberían tener su asiento. Esta es la razón de que encontremos personas que alardean de cultura y saber nada comunes, que cuando no pueden rebatir una doctrina por ser verdadera, pero que no les agrada o conviene a sus intereses, dirijan contra ella frases huecas, ambiguas,

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

compuestas o divididas para ridiculizarla y que se las aclame como ingeniosas, oportunas o graciosas y quede deshecho por la mofa lo que no son capaces de impugnar por la razón.

Sofismas anfibológicos La vaguedad, la falta de precisión y de propiedad de las palabras con que se suelen expresar las ideas, causan miles de errores, como acontece con los llamados sofismas anfibológicos. Frecuente es, en efecto, que no nos preocupemos al formular mentalmente nuestro pensamiento de determinar bien el papel que en él tiene cada idea, y que al comunicarlo a los demás hombres, inconsciente o conscientemente, no hagamos uso de los términos propios y, por consiguiente, que los que nos oyen o leen entiendan algo muy diferente de lo por nosotros comunicado, extendiéndose insensiblemente de este modo los errores, sobre todo, si los oyentes o lectores tienen fe en nosotros y no se detienen a examinar el pensamiento ajeno.

Modo de evitar los errores de expresión Los errores a que dan nacimiento las palabras impropias, inadecuadas, vagas y equívocas, se evitan sometiendo los conocimientos que se nos comunican a una crítica serena, recta, gramatical y doctrinal, esto es, según su sentido obvio y literal, y según la doctrina del que las emplea y examinando después el pensamiento formulado por ellas en el crisol del análisis racional para descubrir si es verdadero o falso y puede o no ser aceptado por nosotros el pensamiento expresado.

5

La limitación de la inteligencia como fuente del error La primera fuente subjetiva de error que citamos al clasificarlas, fué *la limitación de la inteligencia humana*. En efecto; la limitación de nuestra potencia cognoscitiva implica, de una parte, que puede llegar a conocer hasta cierto limite la realidad; y de otra parte, que pasado ese limite, sea el que sea, no conocerá la realidad, sino que la ignorará; y que si pretende pasarlo incurrirá en error.

¿Pero cuáles son los limites de la inteligencia humana? Los límites de la inteligencia humana para conocer no son otros que los señalados por sus leyes naturales, las cuales, cumplidas, cuando conoce, le dan por sanción positiva conocer con verdad; y las cuales, violadas, cuando conoce, le dan por sanción negativa conocer con error.

La inteligencia humana es limitada por naturaleza, lo cual explica que pueda incurrir en error y que incurra de hecho alguna vez; pero ello no justifica ni legitima que caiga en él con la frecuencia con que lo hace, y, sobre todo, que persista en él contumazmente; porque con sólo cumplir las leyes de su naturaleza en su ejercicio y con que solamente se mueva dentro de los limites que éstas le señalan, consigue naturalmente conocer con verdad. La inteligencia incurre en error y se separa de la verdad,

FUENTES DEL ERROR Y MEDIOS DE EVITARLO

cuando es débil y perezosa, y no pone en su ejercicio toda la energía que le es propia; pues la pereza intelectual es causa de que el hombre pase frecuentemente, cuando conoce mediatamente, de unos conocimientos a otros, pasando por alto los intermediarios obligados de sus razonamientos y hasta de que no se dé cuenta siquiera de que es ella la que conoce. Es más: esa pereza intelectual es el motivo de que realizando análisis incompletos, establezcamos conexiones o enlaces desprovistos de evidencia, así como también de que saquemos de premisas, no comprobadas debidamente, conclusiones atrevidas y precipitadas, en las cuales no existe la evidencia como garantía de su verdad. Por todas estas razones, los lógicos distinguen dos orígenes de error, debido a las limitaciones de la facultad cognoscente: Uno *remoto*; y otro *próximo*. El origen remoto lo encontramos en la naturaleza misma de la inteligencia humana, que siendo finita, no la permite hacerse presente en cognoscibilidad inmediata y evidente la realidad entera y en toda su comprensión y, por lo tanto, ha de hacerlo parte por parte y, salvo muy contados casos, tiene que conocer con evidencia mediata o nacida de la demostración, al verificar la cual es fácil caer en error por la negligencia o descuido de la inteligencia. El origen próximo lo encontramos en la pereza intelectual, pues por ahorrarse el trabajo de la atención, análisis, comparación y demás operaciones reflexivas, causa la precipitación de la enunciación de los juicios concluyentes, viniendo a ser de este modo la fuente productora de todos los prejuicios y preocupaciones que avasallan y asfixian a la inteligencia humana saturándola de errores.

Orígenes remoto y próximo de la limitación de la inteligencia

Por poco que un conocimiento se aparte de la evidencia inmediata no podemos llegar a descubrir su verdad sin la ayuda de la reflexión o discurso activo y deliberado de nuestra inteligencia; por esa causa la irreflexión a que nos lleva la pereza intelectual es la madre de nuestra miseria mental, y de que nunca estemos sobre aviso acerca de que somos nosotros los que estamos conociendo, y de qué es lo que estamos conociendo.

De la pereza intelectual nacen las *distracciones* que tanto padecemos; ella es la causa del predominio frecuente de alguna o de todas las demás facultades sobre la inteligencia; ella produce el *dogmatismo* a que nos conduce la falta de investigación propia científica; pues dejamos a los demás, no sólo la tarea de que piensen por nosotros y nos den el pensamiento hecho, sino que en nuestra herrumbre intelectual llegamos hasta admitir la lógica que nos dan hecha, cayendo en la inercia cognoscitiva, donde toda sugestión y superstición tiene su asiento.

Pereza intelectual y dogmatismo

Puesto que el error es producido en ocasiones porque la inteligencia humana es limitada, parece a primera vista que los errores causados por ella en el campo de la ciencia serán inevitables; porque es indudable que el hombre, por mucho que haga, jamás podrá despojarse de su naturaleza finita; mas sin embargo, si tenemos presente que la inteligencia humana por lo mismo que es limitada está sujeta a leyes, como se prueba en la

¿Son inevitables los errores que origina la limitación de la inteligencia?

Lógica; si además vemos que la inteligencia humana, cuando conoce cumpliendo sus leyes, se ordena a su fin propio, y consigue conocer con verdad, cayendo únicamente en el error cuando, al ejercer su actividad, las deja incumplidas o las contrarresta; si consideramos que la inteligencia humana es lumínica y discretiva o discerniente, pudiendo, en consecuencia, darse cuenta de cuáles son sus leyes y de si las cumple o no cuando conoce; y, si finalmente, no olvidamos que la inteligencia humana es apta, cuando conoce reflexiva o deliberadamente, para suspender sus juicios y no afirmar o negar hasta tanto que no esté segura de que conoce con verdad; comprenderemos también que, en definitiva, si el hombre puede incurrir en error por las limitaciones de la naturaleza de su inteligencia, puede evitarlo también: 1.º, conociendo como ser finito que es y no pretendiendo conocer como si fuera infinito; 2.º, cumpliendo rigurosamente las leyes intelectuales cuando conoce; y, 3.º, ejerciendo reflexivamente y sin pereza su inteligencia.

Es preciso no retroceder ante la labor intelectual, por ruda que sea, dado que es necesaria para llegar a la posesión de la verdad. No debemos retroceder ante el estudio de la Lógica, por espinoso que nos parezca, pues las leyes que ella nos da a conocer de la inteligencia humana son las que hemos de cumplir al practicar la labor intelectual si hemos de tener seguridad de que conocemos con verdad. Hay que precaverse contra la pereza que nos lleva a satisfacernos con que se nos den el conocimiento y pensamiento hechos, ejercitando seriamente nuestro conocer intelectual, sacudiendo con denuedo la herrumbre de la falta de ejercicio, a fin de que así adquiera nuestra virtud cognoscitiva la robustez y temple necesario, para descubrir la verdad y rechazar los señuelos del error, llegando victoriosamente a la cima de la certeza.

*Necesidad
de la reflexión*

Reflexionar es conocer que conocemos; es no ir al conocimiento a ciegas; es darnos cuenta de qué es lo que vamos a conocer, de cómo lo vamos a conocer, y de que nosotros somos los que estamos conociendo algo. Reflexionar, pues, es evitar el error poniendo de manifiesto ante nosotros mismos que no somos nosotros, ni lo que quieren nuestras pasiones, ni lo que quieren las fuerzas, que interior y exteriormente nos impelen, las que conocen, sino que es nuestra inteligencia la que, como lumínica y discriminativa que es, conoce viéndose a sí misma como sujeto que está realizando el conocimiento de algo.

Las espontaneidades e impulsiones como fuentes subjetivas del error

El obrar espontáneo del organismo humano es una fuente subjetiva de errores abundantísimos, puesto que el vigor espontáneo de nuestro cuerpo nos encadena y arrastra en multitud de ocasiones a obrar en un determi-

FUENTES DEL ERROR Y MEDIOS DE EVITARLO

nado sentido, en una determinada dirección; y lo que es más: a perseverar en esa dirección hasta tanto que no son agotadas las energías, o hasta tanto que no encuentran obstáculos insuperables. En todos estos casos procedemos en nuestro funcionamiento sin reflexión previa sobre la dirección que nuestra actividad orgánica sigue; no preveemos los inconvenientes ni siquiera los vemos hasta tanto que nos salen al paso; esa es la razón de que uno se halle dispuesto a creer que una cosa que ha sucedido suceda siempre. La inteligencia, influida por la espontaneidad de la actividad del organismo, deja hacer sin preveer las dificultades futuras; solamente las lecciones de la experiencia son capaces en estos casos de avisarnos que nuestra actividad orgánica tiene límites y que, siendo ciega, como es, puede y debe ser guiada por la luz intelectual, y no ser ella la que nos dirija inconscientemente.

El estado que produce sobre nuestro espíritu la actividad orgánica, obrando espontáneamente, se manifiesta sobre todo, en nuestras creencias primitivas; creencias que se extienden a todas las cosas, y que llevan a la inteligencia a suponer que los acontecimientos que han sucedido en tal o cual momento, en tal o cual lugar, se repetirán en todos los momentos y en todos los lugares. Así, por ejemplo, es espontáneo en nosotros creer que siempre experimentaremos los sentimientos que hoy experimentamos; pero bien pronto la realidad de la vida nos hace ver lo contrario, si es que no va poco a poco debilitando esta creencia, que suele persistir con fuerza durante la juventud y en algunos hombres hasta la más avanzada edad, a no ser que la reflexión intelectual sostenida anule su fuerza. ¡Cuántas veces no habrá pronunciado la lengua humana las palabras: *¡Jamás te olvidaré!* y cuántas veces no se las habrá llevado el viento por haberse desvanecido el sentimiento que las hizo pronunciar!

Al principio de nuestra vida solemos creer con la confianza más completa, que los demás hombres abrigan los mismos sentimientos que se anidan en nuestro corazón, los mismos pensamientos que formula nuestra mente y las mismas ideas del bien que quiere nuestra voluntad; mas luego que nuestra experiencia se ha ido enriqueciendo, nuestra confianza primitiva ha ido decreciendo, tanto o más que primariamente había crecido; no obstante esto, son muy pocos los espíritus reflexivos que ponen de acuerdo su confianza con los hechos de la realidad.

Hay quien siempre es niño en esto. Por eso vemos que esta confianza se manifiesta en nuestra incapacidad para admitir las diferencias de caracteres, por más que lo recelemos y aún se nos advierta. En nuestra tendencia a no concebir tipos que se aparten considerablemente del nuestro, somos capaces de poner en duda hasta la misma realidad que con inusitada claridad nos es presente; esta es la razón de que los relatos de las monstruosidades, atribuidas a nuestros semejantes, empecemos por ponerlos en duda y decir que *necesitamos verlo para creerlo*; y por esto también se dice del hombre que «genio y figura, hasta la sepultura»; el que es con-

fiado, lo general es que siempre confie; el que es receloso, lo general es que recele de todos y siempre.

Una interpretación de la intolerancia

Esta espontaneidad del obrar de la actividad de nuestro organismo es la razón que más nos explica la intolerancia y las dificultades que encontramos para juzgar a nuestros semejantes con verdadera justicia e imparcialidad, pues no sabemos juzgarlos prescindiendo de nuestro yo y según las circunstancias de ellos, sino que la hacemos teniendo en cuenta nuestra vida y situaciones. Ella nos lleva con excesiva frecuencia a que nuestra inteligencia induzca de un solo caso observado, o cuando más de unos pocos, no bien definidos, conclusiones y leyes universales que aplicamos a todos los casos de un género o de una especie; por eso vemos que los niños parodian sin cesar las inducciones de los hombres, y que los hombres, los más ignorantes, son también los más grandes generalizadores. ¿Cuántas veces no han sido juzgadas las mujeres españolas por nuestros vecinos los franceses como *chulas* y *pendencieras* por un caso de chulapismo cómico preparado para complacerles en un rato de broma?

¿Qué más? La palabra *siempre* es una de las que más abusa el hombre, por dar rienda suelta a las tendencias espontáneas generalizadoras a que le lleva el espontáneo obrar de la actividad de su organismo. Ella es causa también de que supongamos continuamente que el estado de cosas que nos es familiar es el que se realiza en todas partes.

No solamente no nos inclinamos a imaginar o preveer situaciones naturales o sociales diferentes a las que conocemos ordinariamente, sino que, por el contrario, negamos que puedan pensarse o imaginarse. El hecho de la incredulidad con que se admitió que la tierra era redonda y giraba al rededor del sol y el rasgo que se refiere de un rey de Siam que negaba la existencia del hielo, es buena prueba de la existencia de esta tendencia tan natural al hombre y de su influencia sobre la inteligencia.

Natural es en nosotros exagerar los hechos que conocemos, extender el presente al porvenir y confiar en que el sol saldrá para todos como ha salido hasta aquí; pero con más naturalidad todavía nos lanzamos a lo desconocido, que nos contenemos dentro de los límites de lo conocido por nuestra propia experiencia; de aquí que la mayor parte de las sofismas apriorísticos y de generalización que comete el hombre tengan su origen en estas tendencias primitivas, que aparecen en el hombre merced al espontáneo obrar de la actividad de su organismo.

Modo de evitar estos errores

¿Cómo contrarrestar, pues, los errores en que incurrimos por la disposición en que nos coloca la espontaneidad con que obra la actividad de nuestro organismo? Nada más sencillo ni más fácil, una vez que sabemos la causa: Estos errores los evitaremos siempre que, amantes de la verdad, sacudamos toda pereza y no vayamos al conocimiento sino reflexionando, esto es, dándonos cuenta exacta de lo que estamos conociendo, aportando a esta obra una atención única, enérgica y sostenida que lleve a la inteligencia a percibir, determinar y aprehender lo cognoscible del objeto tal y

FUENTES DEL ERROR Y MEDIOS DE EVITARLO

como es él; formulando entonces los conceptos, juicios y raciocinios a que haya lugar, no por lo que nos digan nuestras tendencias, deseos y preocupaciones, sino por los elementos positivamente existentes en el objeto conocido, no generalizando sino después de conocida la causa o ley y vista su permanencia y necesidad. He ahí el modo de evitar estos errores.

7

La influencia excesiva de la sensibilidad, tanto física como afectiva en la obra del conocimiento, ha sido reconocida por todos como productora de errores. Que los hombres de todas las edades y de todos los lugares han sido guiados muchas veces en sus creencias por sus intereses, simpatías o antipatías, amores u odios, sentimientos políticos o religiosos, etc., etc., es un hecho de los menos necesitados de comprobación, por su evidencia; por consiguiente, es deber nuestro considerar aquí a la sensibilidad humana en cuanto influye en el conocimiento para averiguar cuándo nos lleva al error, ya que nunca se está tan cerca de evitar el mal como cuando se conoce; y ya que nos proponemos ver cuáles son todas las causas del error para poderlo evitar.

Errores que produce una excesiva sensibilidad

La acción de los sentidos, tanto externos como internos, es indispensable para realizar el conocimiento humano; porque ellos, con la *impresión* que reciben de las cualidades corpóreas, y con la *sensación* con que modifican al *yo* humano, ponen a la inteligencia en comunicación de conocimientos con el mundo corpóreo, pues los sentidos externos reciben y transmiten al sentido interno *sensorio común* o centros nerviosos, las acciones que ellos recibieron de las cualidades corporales, el cual las recibe distinguidas, conservándolas y reproduciéndolas después la imaginación, con formas sensibles adecuadas a las del espacio y tiempo exteriores, y en cuyas imágenes aprehende la inteligencia, si las atiende convenientemente, lo hecho presente de las propiedades corporales. La misma imaginación concreta y determina por asimilación las fórmulas cognoscitivas de la inteligencia y las tendencias y deseos del *yo* humano, representándoselos con las formas reales del espacio y tiempo a semejanza de las que obtuvo antes, de las percepciones del mundo corpóreo, gracias a su continuidad con el sistema nervioso.

La acción de los sentidos y su necesidad

Tienen, pues, los sentidos, como fuente auxiliar del conocer de la inteligencia, el importante papel de recibir el dato material que ofrecen a la inteligencia para la formación del conocimiento; dato, cuyo valor para la verdad del conocimiento depende, en primer lugar, de que no falte la continuidad entre el medio natural que une a los cuerpos con nuestro cuerpo, nuestros sentidos externos y nuestros sentidos internos sensorio común, imaginación y estimativa natural, y, en segundo, de la compro-

bación que hagamos del dicho dato material con la realidad de que procede, mediante el ejercicio de toda nuestra actividad intelectual y sensible; por consecuencia, la exactitud de los conocimientos del mundo sensible, que constituyen la mayor parte de nuestra riqueza cognoscitiva, dependen de que se cumplan o no estas condiciones: se cumplen, conocemos con verdad; no se cumplen, conocemos con error.

¿Cuándo conduce al error la acción de los sentidos?

Ahora bien; dada nuestra espontaneidad para conocer, resulta que este auxiliar poderoso de la sensibilidad física o de los sentidos para conocer el mundo corpóreo, viene a convertirse en una de las fuentes abundantísima de errores en no pocos casos. Miles y miles de ejemplos de error, que están al alcance de todos, pudiéramos citar, originados por la falta de aplicación adecuada de la vista, oído, tacto, olfato y gusto; miles y miles también por no detenernos a comprobar debidamente el dato material que ofrece a la inteligencia la sensación con la realidad que origina la tal sensación; sirvan de ejemplo para unos y otros casos los errores de color, tamaño, volumen, sonido, resistencia, temperatura, olor y sabor que con frecuencia solemos padecer.

La imaginación es un sentido interno que origina por sí sola más errores que todos los sentidos juntos; sobre todo cuando se llama *creadora*. El hombre cuya imaginación goza de una viveza extraordinaria, siéntese a menudo seducido por ella y acaba por pensar que las cosas son del modo que su imaginación se las presenta, hasta el punto de tomar por realidades las imágenes que ella se forja. Si consideramos detenidamente que en nuestra imaginación se representa sensiblemente todas las cosas que percibimos del mundo corpóreo y se forma imágenes del mundo ideal a semejanza de las que se representa del mundo sensible, y que además forma imágenes para representarse las combinaciones múltiples que puede idear nuestro entendimiento creador, tendremos una idea aproximada del mundo que puede encerrar la imaginación; mas si luego tenemos también en cuenta que todas estas imágenes puede exagerarlas en sentido de más y de menos, en sentido del bien y del mal, y darles cuerpo y color, y llevarnos a la ilusión de que son reales, podremos formarnos una idea exacta de los errores a que puede dar origen la imaginación, si dejamos que sea nuestra guía en la obra del conocimiento y no tenemos la reflexión suficiente para iluminar a esta *loca de la casa* con la antorcha de la razón.

Conexiones del error con la sensibilidad afectiva

La sensibilidad afectiva, por su parte, influye sobre nuestra inteligencia tanto como la sensibilidad física. Un sentimiento violento, agradable o desagradable, ocupa y absorbe al pensamiento humano apartando de él, por un tiempo más o menos largo, según su violencia, todo otro objeto

FUENTES DEL ERROR Y MEDIOS DE EVITARLO

de conocimiento; si el sentimiento es agradable, absorbe la contemplación de nuestro espíritu, que se deleita cuanto le es posible; si es penoso, el dolor atrae la atención de nuestra inteligencia con intensidad mayor, si cabe, que el mismo placer; o bien para evitarlo, o bien para permanecer en él, como cuando *gozamos contemplando nuestro dolor y prolongando nuestras amarguras*. Consecuencia de todas estas influencias es que en los momentos de gran emoción, por los que solemos pasar los humanos no pocas veces, los conocimientos que son extraños al estado afectivo en que nos hallamos, no pueden ser adquiridos sin error, porque nuestra inteligencia en tales casos juzga a las cosas, si es que las atiende, por el solo lado de la emoción que nos embarga. Una orgía de placer nos hace incapaces de pensar en hechos desagradables. El temor no nos deja ver más que el peligro. La amargura de una pena que nos aflige no es el mejor estado para juzgar acerca del encanto de las cosas que nos rodean.

La influencia de los sentimientos sobre las adhesiones de la inteligencia a la verdad de los conocimientos se comprueba examinando los sentimientos de interés personal, los de simpatía y antipatía, los de temor y esperanza, los de amor y odio, los estéticos, los morales, los religiosos y los científicos, así como la huella que dejan en nuestras acciones.

Los sentimientos en general

Los sentimientos que despierta *el interés personal* influyen de una manera poderosa en las creencias de los hombres, pues cuando nos dominan no solamente buscamos engañar a los demás para satisfacerlos, sino que, si son malos, procuramos engañarnos a nosotros mismos para acallar los avisos de la conciencia. Difícilmente nos hallamos dispuestos a encontrar defectos en aquellas instituciones en que hay provecho para nosotros o para las personas que nos son queridas. Los errores, los más groseros, las prácticas, las más dañosas, encuentran defensores en los hombres a quienes aprovechan, porque con ellos y ellas garantizan su posición social.

El interés personal

Entre los placeres y las penas cuyo conjunto constituye el gran compuesto del interés personal, podemos señalar algunos sentimientos que son contrarios a la verdad de un modo manifiesto; tal tenemos, por ejemplo, con la aversión al trabajo, a todo lo que implique fatiga, fuente de errores que ya vimos produce la pereza intelectual y la miseria de la ociosidad, así como no pocas faltas morales. El conocimiento verdadero de la realidad exige del hombre un gasto de actividad que la generalidad reduce y ahorra cuanto puede, adhiriéndose, por consecuencia, a los conocimientos y creencias que encuentra más fáciles, y sobre todo, que les dan hechos los demás hombres, sin que por su parte se tomen la molestia de examinarlos y contrastarlos, y ni aun siquiera de pensar. La tendencia excesiva que encontramos en nuestra inteligencia a simplificar las relaciones cognoscitivas, se pueda o no hacer; la misma inclinación que manifestamos a identificarlo todo, sea o no identificable, resultan de la indolencia intelectual; mas estas simplificaciones, no justificadas, producen, por cualquiera que concluya nuestra inteligencia, el fruto de abrazar el error. ¿Qué

La aversión al trabajo

más? Las generalizaciones impropiedades del pasado o del presente al porvenir, a lo que está todavía lejano, y a las que dijimos nos llevaba el espontáneo obrar de la actividad de nuestro organismo, son también hijas de la indolencia intelectual.

Las emociones Una condición de imparcialidad, necesaria para descubrir la verdad de nuestros conocimientos, es resistir a la influencia que ejerce sobre el espíritu toda emoción que le es presente y palpable, porque una emoción presente es siempre poderosa y soberana y puede ocultarnos la verdad de la realidad cognoscible. Una inclinación natural que nos lleva a creer que lo que ha sido será, se agrava todavía más por la emoción extraordinaria que produce el hecho actual. La primera victoria alcanzada en una campaña militar da alientos al ejército vencedor y le llena de confianza para el porvenir; en cambio, ¡cuántos perjuicios no trae consigo una primera derrota! ¡Considérese, pues, cuánto nos interesa evitar el error que nace de la indolencia del trabajo mental!

Las simpatías y antipatías Las *simpatías y antipatías*, que luchan en favor del interés personal y los errores que él produce, son por sí mismas una fuente de error. Las simpatías haciéndonos sentir y pensar con las personas que nos son simpáticas, perpetúan los errores una vez establecidos por la generalidad, hasta el punto de que el mundo ha necesitado alguna vez la revuelta de un egoísmo declarado para poder dar un paso adelante. Las antipatías, haciéndonos, por el contrario, sentir y pensar de un modo diferente de aquellos que nos son antipáticos o de las cosas que nos son desagradables, nos llevan también al error, si es que los demás estaban en la verdad o es la verdad misma la que nos es antipática.

La disposición emocional que nos lleva a tratar a nuestros semejantes con la más amplia benevolencia, ha mantenido en el mundo diversos juicios erróneos. Así vemos que se ha dicho de los errores que son *medios errores, medias verdades*. Esto quizá sea cierto de algunos errores, pero no lo es con seguridad de todos, ni aún de la mayor parte de ellos. Lo que sucede es que el error se apoya algunas veces en una apariencia de verdad; pero de esto a que en parte sea el conocimiento verdadero y en parte falso, hay un abismo. ¿Por ventura el movimiento del sol y de las estrellas al rededor de la tierra, como decían los antiguos, no es un error total? No confundamos la benevolencia con que juzgamos lo que nos es simpático con lo que es verdadero, ni lo que nos es antipático con lo que es erróneo. Los conocimientos o son verdaderos o son erróneos, no se da término medio, según sean o no conformes con la realidad conocida.

El temor y la esperanza Las emociones de *temor y esperanza* excitan al espíritu humano llevándole en ocasiones a perturbaciones tan grandes que influyen sobre la inteligencia y la hacen no ver cuándo conoce al objeto tal cual es él, sino como se lo pinta el temor o la esperanza. La emoción del temor dispone a la inteligencia a las concepciones lúgubres, a las ideas negras, preparando a los hombres para un porvenir en el que son esclavos de algo

FUENTES DEL ERROR Y MEDIOS DE EVITARLO

que les es terrorífico. El temor bajo la forma de superstición ha sujetado a los hombres con las cadenas de innumerables ilusiones, tanto sobre asuntos de la vida natural, como de la vida sobrenatural. Ya dijo Bacon que el mayor enemigo de la ciencia era la superstición. La esperanza, por su parte, cuando no es fundada, lleva a la inteligencia a tomar por realidades lo que no son más que ilusiones, vanos fantasmas *rosados* por nuestros deseos, *ensueños* que tenemos muchas veces despiertos; no siendo en tales casos la realidad la que está presente en la relación cognoscitiva, sino lo que soñamos o deseamos ver. No otra cosa ha sucedido con la famosa teoría del criminal nato de Lombroso, pues la vió comprobada hasta en las estadísticas que exactamente estudiadas y rectamente interpretadas decían lo contrario.

Los sentimientos de *amor y ternura* son corruptores de la inteligencia cuando llegan a dominarla; porque la afección y la amabilidad crean en ella disposiciones favorables para todo lo que es amado; de ahí los juicios llenos de parcialidad para todo lo que inspira la amistad y lo amable; de ahí la impotencia para ver el mal en la propia patria, en la secta a que uno se halla afiliado, en el partido a que nos hallamos unidos, en todo aquello que es de nuestra predilección, en una palabra.

Los sentimientos de amor, admiración y respeto

Los sentimientos más complejos del amor, tales como la *admiración* y el *respeto*, tienen aún mayor influencia para extraviar nuestros juicios. A los sentimientos sociales y bienhechores debemos atribuir la deferencia de los hombres para la autoridad, el respeto para las opiniones reinantes y la disposición que tenemos para aceptar compromisos, todos los cuales son plausibles siempre que sean merecidos; pero suele suceder que estos sentimientos nos conduzcan con demasiada frecuencia a la admiración exagerada de la antigüedad, o de su contraria la novedad, que es el principio sentimental del espíritu ciego por la conservación o por la renovación de las cosas.

Los sentimientos personales que engendra el amor propio, como la *vanidad*, el *orgullo*, la idea de la *suficiencia propia* y la misma *dignidad personal* perturban los juicios que formula la razón proporcionalmente a su exagerada vivacidad o intensidad. El respeto que profesamos a nuestras opiniones, planes, proyectos y teorías, por el solo motivo de ser cosa nuestra, el valor que atribuimos a todo cuanto nos toca de cerca, son causas de error que no debemos desconocer, ni mucho menos dejar de tener en cuenta en nuestra vida cognoscitiva. Mas no para ahí el amor propio, nuestro egoísmo se extiende a nuestra familia, a nuestros amigos, a nuestro partido político y a nuestro país, es decir, que nuestro *amor propio* lo llevamos a todos los hombres que se refieren a nosotros por un lazo cualquiera de amor, estando dispuestos a atribuirles un grado de perfecciones superior al que realmente tienen, olvidándonos de que el prejuicio personal es una de las más grandes dificultades de nuestro progreso científico. Los sentimientos exagerados de la dignidad personal tienden siem-

El amor propio

pre a desnaturalizar nuestros pensamientos acerca de las cosas. Así vemos que la libertad humana, por aquello de que es una propiedad que ennoblece al hombre y a la especie, se exagera llevándola hasta la licencia y hasta la destrucción del orden que es otra propiedad natural del hombre.

El odio No son menos perturbadores para el juicio recto de la razón los sentimientos del *odio* cuando dominan al hombre, pues por caer en las exageraciones opuestas a las de los sentimientos del amor, la hacen incurrir en innumerables errores acerca de la sociedad y de los individuos. Nunca fué buen consejero el odio ni es el mejor estímulo para la formulación del juicio imparcial.

La cólera y el miedo Nuestras emociones de *cólera*, como nuestras emociones de *miedo*, son sentimientos añadidos al odio o a la aversión. El odio, la antipatía y el espíritu de partido o secta son formas diversas del apetito irascible que, cegando al individuo, lo llevan a la resolución de la venganza, no cejando hasta que produce el mal en el contrario, violentando en tal modo a la inteligencia que la ciegan y no la dejan descubrir la verdad; por eso la calumnia, que es una expresión de la cólera y de la venganza, es una *falsedad nefanda*.

Los sentimientos estéticos Los sentimientos *estéticos*, o sea todas aquellas emociones cuya forma principal es el sentimiento de la belleza artística, dan origen a errores de trascendencia en el orden científico cuando su intensidad es tal que deslumbran a la inteligencia. Muchos falsos sistemas filosóficos y no pocas falsas teorías científicas son debidas a las emociones artísticas especiales de los autores que las dieron origen. Así vemos que el espíritu de los filósofos antiguos estuvo dominado por el sentimiento artístico de la simetría, de la proporción, del orden y de la armonía. Pitágoras fué seducido por los misterios armónicos del número; Platón siguió su ejemplo, y el mismo Aristóteles no se vió libre por completo del encanto de la armonía. Pero la fuente principal de los errores a que pueden dar lugar los sentimientos estéticos son los nacidos de la supuesta perfección de las cosas, la conveniencia de ciertas armonías naturales y la dignidad y superioridad supuesta de lo uniforme sobre todo lo numérico. Aristóteles sostenía que las plantas eran circulares porque la forma circular es la más perfecta y que los planetas eran seis y no podían ser más porque el número seis es el más perfecto. Lamark, pretendía que los pólipos no tienen sensibilidad porque ello sería contrario al plan y al orden que la Naturaleza debe seguir. La arquitectura, la música, la estatuaria, la pintura y la poesía, disponen a nuestro espíritu en muchos casos de tal modo, que no siente la necesidad de comprobar la exactitud de los conocimientos que adquiere porque le extasían y le arrebatan con dulces emociones.

Los sentimientos morales y religiosos Los sentimientos *morales y religiosos*, aun cuando parezca paradójico, pueden conducir a error cuando se exageran. Es creencia general de todo tiempo y país, que es conveniente exagerar estos sentimientos en interés de la tranquilidad social.

FUENTES DEL ERROR Y MEDIOS DE EVITARLO

Así, vemos que Platón recomendaba el fraude piadoso de extender doctrinas falsas con tal que fueran favorables a la moral y al orden social. En la actualidad oímos a personas sensatas sostener que, aun cuando la doctrina cristiana no fuera verdadera, debería ser enseñada y propagada por razón de sus resultados bienhechores para la moral y el orden social. Nuestra opinión es que nunca hay razón para el error, como no la hay para el mal ni para la fealdad; por esa causa debe evitarse la exageración de los sentimientos morales y religiosos, que dejan de ser tales desde el momento en que se desnaturalizan y falsean en sentido de más o de menos.

Estimamos que la sensibilidad toma parte en la obra del conocimiento, y añadimos que su concurso es necesario. *¿Cómo evitar los errores nacidos de una excesiva sensibilidad?* ¿Mas cómo evitar los errores a que da lugar su influencia excesiva sobre la inteligencia?

La influencia excesiva de la sensibilidad, tanto física como afectiva, sobre la inteligencia, se evita con el trabajo continuo de la reflexión al conocer por qué es el único que puede señalarlos la legítima intervención, lo mismo de los sentidos externos e internos que la parte que los sentimientos deben tomar en la obra del conocimiento humano. Comparando una y cuantas veces sea necesario, el dato que aprehende la inteligencia de la sensación con lo real que estimula con sus cualidades a la sensibilidad de nuestro organismo, es como se comprueba si el conocimiento formado por la inteligencia conforma o no con la realidad conocida, y es cómo, en definitiva, se desvanece lo ilusorio y se confirma lo propiamente real. Las pasiones y deseos más avasalladores pierden su fuerza ante la evidencia con que la reflexión pone de manifiesto la realidad del objeto cognoscible; los prejuicios y las emociones más violentas se desvirtúan y acallan ante la evidencia con que la demostración científica pone de relieve la verdad del conocimiento; por consiguiente, debemos procurar que sea siempre *la luz de la evidencia*, inmediata o mediata, la que ilumine nuestras relaciones cognoscitivas y que la voluntad domine a los apetitos, concupiscible e irascible, no dejando a la sensibilidad física y afectiva que tomen más parte en los conocimientos que la muy importante que como auxiliar le corresponde. La razón sana ha de considerar tranquila y sosegadamente en el crisol de su imparcialidad, las fantasmagorías de la imaginación creadora, impidiendo que se apoderen del lugar que deben llenar en nuestra mente los juicios y raciocinios comprobados; de lo contrario, nuestra inteligencia se perderá en las sendas extraviadas del idealismo o del materialismo.

9

En cuarto lugar, citábamos en la primera conferencia como fuente subjetiva de error *la influencia que tiene sobre el discernimiento intelectual la asociación y hábito de las ideas ya adquiridas*; en efecto, las asociaciones intelectua- *La asociación y hábito de las ideas en cuanto fuente de error*

les de nuestras ideas confirman las tendencias señaladas a las pasiones y contribuyen, como ellas, a formar nuestras creencias verdaderas o falsas. Cuando la mente humana asocia con frecuencia dos o más cosas, el hábito que toma de pasar de la una a la otra, lo toma como una fuente de creencia. En nosotros es natural una inclinación a tomar como verdadero todo lo que se nos dice, la cual no es vencida si otra inclinación natural o adquirida no la contrarresta. Es más, el hábito que tomamos de repetir frecuentemente una misma declaración, acaba por aumentar nuestra disposición para admitirla como verdadera. La fuerza del hábito de las ideas es tal que podemos decir que es uno de los principios esenciales de las creencias humanas; ¡tan grande es la fuerza que les dan! Por eso vemos que lo que ha sido frecuentemente afirmado, lo que no ha sido jamás contradicho o que no lo ha sido más que muy raramente, tiene una fuerza poderosa sobre la masa de los hombres para arrancar su asenso intelectual; por esta razón también la influencia de la *educación* y de las *opiniones reinantes* es tan grande y decisiva en el hombre, y sus progresos no se pueden contener sino creando hábitos contrarios que nos lleven por rumbos distintos a los que queremos evitar.

El hecho de que un hombre repugne admitir opiniones nuevas realmente verdaderas, no tiene otra explicación que la influencia del hábito contraído hace largo tiempo para tener como ciertas las ideas contrarias a las nuevas, influencia que a veces es tan grande, que basta por sí sola para hacer imposible la conversión del hombre a las nuevas ideas. En efecto, se ha notado que las grandes innovaciones tienen pocos adeptos entre los hombres que pasan de cuarenta años; así se ve que la doctrina de la circulación de la sangre de Harvey no fué aceptada por ningún médico de más de cuarenta años. La fuerza que tienen las opiniones preconcebidas se debe en gran parte al hecho de haber sido por mucho tiempo aceptadas y asociadas por nuestra mente, tomando en ella carta de naturaleza.

Es un hecho, pues, que la experiencia nos comprueba, el de que la asociación de las ideas adquiridas por nuestra inteligencia influye en las ideas que la misma inteligencia va adquiriendo, de una manera beneficiosa para la verdad del conocimiento, si las primeras son verdaderas, y de una manera perjudicial, si las primeras son falsas; por esta razón los prejuicios perturban las deliberaciones de la razón y nos llevan al error, aún contra nuestra voluntad.

Medios de reaccionar contra el influjo de las ideas preconcebidas

La influencia que ejercen sobre las ideas que vamos adquiriendo las asociaciones de las ideas ya adquiridas, es decisiva; sin embargo, entendemos que esta influencia puede contrarrestarse y evitarse con éxito los errores que de no hacerlo se ocasionarían; para ello no hay más que tener fuerza de voluntad y someter las ideas preconcebidas a toda suerte de comprobaciones y, una vez depuradas, ir las distinguiendo de las que nuevamente vayamos adquiriendo y no reconocer más identidades, igual-

FUENTES DEL ERROR Y MEDIOS DE EVITARLO

dades o analogías que las positivamente existentes. No debemos olvidar tampoco que todo hábito puede ser removido por el arraigo de su contrario; y que la creación de los hábitos nuevos depende de nuestra voluntad, que bien dirigida por la reflexión, puede ser veneno de hábitos intelectuales que nos lleven fácilmente a vencer los obstáculos que nuestra finitud encuentra en el descubrimiento de la verdad del conocimiento.

IO

La voluntad débil o pervertida es la quinta de las fuentes subjetivas de error que citábamos en la clasificación; y en efecto, cuando la voluntad humana es guiada en sus resoluciones, no por el verdadero bien, sino por el orgullo, el odio, el temor, la ira; en una palabra, por la violencia de las pasiones concupiscibles e irascibles, lleva a la inteligencia por senderos que la mueven a formular juicios y raciocinios que, indudablemente, se compaginan bien con nuestras tendencias y deseos, pero no en modo alguno con la verdad del conocimiento; por consecuencia, ir a la obra del conocimiento, guiados por una voluntad enferma, es tanto como ir derechos al error. Una voluntad aconsejada por cualquiera de las pasiones exaltantes o deprimentes que traspasan los linderos de la moral y de la serena luz de la razón, es incapaz de conducir a la inteligencia al conocimiento de la realidad de las cosas; antes bien servirá para obscurecer y desfigurar las verdades más evidentes y primitivas. La aversión que notamos en muchos hombres a discurrir de un modo rigurosamente lógico, por no resolverse a poner la fatiga de la reflexión, es causada por la abulia o debilidad volitiva. A todos nos gusta la posesión de la verdad, pero son muchos los que no se toman la molestia de poner el esfuerzo que supone su adquisición; queremos la verdad, pero odiamos la fatiga que lleva consigo su consecución. He aquí la causa de que los hombres acepten con suma facilidad el error y se adhieran a él como si fuese un conocimiento verdadero, sobre todo cuando se les ofrece revestido de una forma sencilla, bonita y atractiva, pues la debilidad de sus voluntades es tal que no realiza el pequeño esfuerzo de resolverse a la fatiga de la comprobación para desvanecer el encanto que ciega a la inteligencia.

Errores que origina la voluntad débil o pervertida

La voluntad recta y firme es el único remedio contra esta fuente de errores. La resistencia enérgica a las tendencias y anhelos desordenados del corazón humano y la templanza suficiente para vencer las debilidades de la pereza intelectual y las miserias de la perversión, son medios bastantes de que puede el hombre disponer para evitar caer por estas causas en el error. Nada nos aparta tanto del error como la pureza de la moral, pues es aire vivificador que despeja el horizonte espiritual de toda pasión e intereses bastardos. Un poderoso remedio contra el error nacido de la vo-

¿Cómo evitar los errores que nacen de la voluntad?

luntad pervertida o débil será, por tanto, que nuestra voluntad se fortifique en el crisol de la moral para que lleve a la inteligencia, sin vacilaciones en su amor a la verdad, al conocimiento del objeto tal como es él, evitando las divisiones de la vida social, de la política, de la secta si somos discípulos, de la vanidad, si hablamos por cuenta propia, de las hipótesis contradictorias, de los fútiles pretextos *del que dirán*, y de si son antiguas o modernas las teorías que se sustentan. La verdad como tal ni es antigua ni moderna, ni blanca ni negra: es la inteligibilidad misma de lo conocido hecha presente con toda evidencia ante nuestra inteligencia en la relación de conocimiento. La verdad está fuera del tiempo, es eterna. La verdad no tiene color: es la luz.

II

Síntesis de la exposición anterior

Hemos examinado hasta aquí las causas tanto objetivas como subjetivas del error, y en todos los casos hemos podido observar que, hablando con propiedad, quien causa el error propiamente es nuestra facultad intelectual, la cual influida por las dichas causas no discurre rectamente e induce o deduce precipitadamente conocimientos que no conforman con lo conocido del objeto y, por consecuencia, yerra; luego la fuente o manantial propio del error es el *razonamiento interno de nuestra inteligencia, tanto inductivo como deductivo*, que citábamos en sexto lugar entre las fuentes subjetivas; pues en él cabe que la inteligencia observe, interprete, infiera y deduzca algo que no sea el objeto que dice conocer y concluya adhiriéndose a una equivocación, a un error.

El procedimiento inductivo y sus errores

El procedimiento inductivo de nuestra mente parte de la observación de los hechos; ahora bien, esta observación puede ser de tal naturaleza que nos haga ver lo que queremos ver y no lo que es la cosa vista, o puede hacer que no veamos lo que no queremos ver, no obstante estar presente en la relación cognoscitiva. ¿Qué sucederá en tales casos? Pues, sencillamente, que no conoceremos las cosas tal cual ella son, sino tal cual queremos que sean, por éstas o las otras causas, pero desde luego, por ninguna legítima.

Dado caso que al inducir hayamos observado bien los hechos, suele suceder que no siempre los interpretamos tal cual ellos son, bien porque nuestra inteligencia no está preparada para ello, bien porque hacemos la interpretación sugestionados por el espíritu de sistema, secta o partido a que estamos afiliados; en el primer caso tenemos un error debido a la ignorancia de la inteligencia que pretende conocer cosas que no están todavía a su alcance conocer; en el segundo cometemos un error a sabiendas por seguir determinados intereses, sentimientos o deseos y somos responsables moralmente.

FUENTES DEL ERROR Y MEDIOS DE EVITARLO

Aún dado caso que al inducir hayamos observado e interpretado bien los hechos que nos han servido de datos puede suceder que al inferir la ley explicativa de los mismos, inferamos algo que no sea la ley buscada, mejor, que no sea la causa suficiente de los hechos que queremos explicar, y habremos sacado una ley falsa. Así vemos que es muy frecuente inferir un hecho de otro hecho suponiendo que existe semejanza o analogía general entre ambos hechos; por esa razón nos encontramos en la vida real, por ejemplo, con que es común el pensar que porque una medicina ha sentado bien a una persona, sentará bien a otra que tiene una enfermedad que presenta parecidos caracteres. Las especies de malas generalizaciones son tres: 1.ª Cuando inferimos equivocadamente lo que es cierto en un gran número de casos y que, como regla general, es también cierto de algún caso particular que no está propiamente comprendido en la regla, llevando demasiado lejos la generalización; ejemplo: es regla general que todas las plantas crecen porque absorben carbono del aire atmosférico bajo la influencia de la luz solar, de modo que si encerramos una planta en una cueva donde no llegue jamás la luz solar, generalizando diremos, que la planta encerrada no crecerá; sin embargo, esta conclusión es errónea porque es llevada la generalización demasiado lejos y no debe aplicarse a ciertos casos particulares, como los hongos, setas, trufas y otras plantas que se alimentan del bulbo o del tubérculo. 2.ª Cuando parte de lo que sólo es cierto en algunos casos especiales y lo consideramos como si fuese cierto en muchos casos, *arguyendo equivocadamente de un caso especial a un caso general*; así, si del hecho de que el alcohol tomado con exceso envenena, infiriésemos que el alcohol es un veneno, inferiríamos un error. Y 3.ª cuando inferimos de un caso particular otro caso particular entre los que no hay conexión real o analogía alguna, cometiendo *el error de lo especial a lo especial*; por ejemplo, si del hecho de que es lícito que el hombre que ha sido sorprendido y golpeado por otro, se defienda de él golpeándole y derribándole al suelo, si a ello alcanzan sus fuerzas, para librar su vida, infiriéramos que es lícito que dos luchadores de oficio se den puñetazos y se derriben en una plaza pública, inferiríamos un error, porque el primer caso es en defensa propia y necesaria para evitar el ataque inopinado e injusto, y el segundo, es una exhibición innecesaria y repugnante.

En el raciocinio deductivo nuestra inteligencia, posesionada del conocimiento de una relación compleja y extensa, propende a desenvolverla en su contenido para averiguar si se confirma o no en todos los casos particulares y en todos los elementos de su complejidad el conocimiento visto en la unidad de su generalidad; mas al realizar el procedimiento deductivo cabe o que, no enterados bien del contenido de los antecedentes, vayamos a los consiguientes, pasando del sentido compuesto al dividido y del dividido al compuesto, del sentido absoluto al relativo y viceversa; o que consideremos que hay ilación y reciprocidad entre antecedente y consiguiente, produciéndose en todos estos casos los llamados sofismas de

El procedimiento deductivo y sus errores

pensamiento o de cosa, que en sus conclusiones nos dan siempre un conocimiento que no conforma con la realidad del objeto conocido y que, por consiguiente, es erróneo.

¿Cómo evitar los errores de origen inductivo?

Fácil es ver, señores, si meditamos un poco acerca de los errores que nacen del raciocinio inductivo, que todos ellos son debidos a que ponemos una cosa en lugar de otra; por tanto nos será fácil también evitar las falacias de la inducción, si siempre que observemos, abstraigamos o infiramos, tenemos la precaución de pasar de lo idéntico a lo idéntico, de lo semejante a lo semejante y de lo igual a lo igual, sin permitirnos jamás la más pequeña trasgresión de confundir lo semejante con lo idéntico o lo igual con lo idéntico o semejante. En las interpretaciones de los hechos, por muy bien observados que los tengamos, nos abstendremos de interpretarlos siempre que ignoremos su alcance, dejándonos del prurito mal entendido de hacerlo para aparecer como sabios cuando en realidad nos encontramos en un estado de ignorancia con respecto a lo que juzgamos. La verdadera sabiduría es conocerse uno a sí mismo, sabiéndose lo mucho que ignora y lo poco que sabe. Las inferencias inductivas no las formularemos jamás hasta tanto que no hayamos encontrado la razón suficiente de la producción de los hechos observados que pretendemos explicar, esto es, hasta tanto que no hayamos descubierto la propiedad esencial a que son debidos los hechos observados, no dando a la ley que formulemos mayor alcance que aquel que se desprende de la generalidad que tiene la propiedad esencial en que se apoya, ni más necesidad que la que tenga el nexo o lazo que une a los hechos observados con la citada propiedad.

¿Cómo evitar los errores de origen deductivo?

En cuanto a los errores que nacen de los falsos razonamientos deductivos, únicamente los evitaremos si, dejándonos de alardes de competencia, nos tomamos la molestia de reflexionar sobre los antecedentes o premisas, y bien analizados y determinados en su sentido y contenido, procuramos cumplir las leyes que la lógica dicta para pasar de las premisas a los consiguientes y para enlazar las premisas entre sí y con los consiguientes y, sobre todo, si aplicamos las leyes del conocer y pensar, llamadas objetivo-subjetivas, que son el fundamento de todo razonamiento mediato e inmediato, con lo cual conseguiremos la verdad del conocimiento.